

# EL MAL LLAMADO JAZZ MODERNO

Tengo 30 años cumplidos. Mi afición al Jazz data desde hace muchísimos años, casi podría decirse que desde mi infancia. De pequeño, tenía diez u once años, sin haber escuchado en mi vida concierto o grabación alguna de Jazz, y lo que es más, ni por radio, había en mí una especie de vértigo y pasión por el ritmo y las improvisaciones. Con cualquier trasto «montaba» una batería y con dos pedazos de madera —a falta de baquetas—, pasaba la mayor parte del tiempo. Mi pasión por el bombo y los platillos era tanta que, incluso mi buen padre, haciendo de Rey Maggo, el 6 de Enero de 1938, me hizo el mejor regalo de mi vida—al menos para mí lo era—, de una batería en miniatura, la cual, como es de suponer, a los tres meses estaba completamente destrozada de tanto darle con las minúsculas baquetas.

Por aquel entonces, la palabra Jazz no poseía para mí ningún significado concreto, es más, la desconocía en absoluto. Fue a medida que el tiempo transcurría cuando, en conversaciones escuchadas con mis cinco sentidos puestos en marcha, me fui enterando de que aquello que yo sentía y tanta pasión despertaba en mí, era música de Jazz.

Tardé muchísimo tiempo en comprender lo que aquella palabra significaba hasta que, sin saber cómo, y de la misma manera que había nacido en mí, a tan temprana edad, la afición rayana en lo fanático al ritmo, a aquellas expansiones—llamadas por mis padres, locura—llegó la comprensión y el significado limpio, sin mezclas ni variaciones de este para mí tan querido y bien amado Jazz.

En la escuela, con fragmentos de hojas de afeitar, clavadas en cajas vacías de puros o bien en los ribetes de las mesas, aprovechaba cualquier descuido del profesor para hacer lo que no podía evitar bajo ningún aspecto: hacer ritmo, un ritmo sin base musical, un ritmo a lo primitivo, sin parar en las consecuencias que de ello resultaban para mí. La de palos que he llevado de los maestros por este motivo mi dichoso Jazz, no se pueden contar y sería muy difícil anotar, uno a uno, los golpes que recibí por dicha causa (una buena causa, creo yo, de la cual no me arrepiento).

Han transcurrido los años, y ya mayor de edad, he pasado horas y

más horas pegado materialmente al aparato de radio, buscando siempre lo mismo: música de Jazz. En casa casi desconocen otra música, ya que no les daba tiempo —ni en la actualidad tampoco— de poner emisoras locales, para escuchar programas de otra índole u otras ramas musicales.

He pasado gratisimos ratos y he comprendido muchas cosas, así como en la actualidad leo bastantes —demasiadas creo yo— críticas, que para mi modo de comprender el Jazz no las acabo de digerir, a pesar de que están escritas por personas de reconocida solvencia crítica en nuestra música.

Estos últimos años han salido tantos estilos, algunos de los cuales hasta incluso se pueden llegar a escuchar sin sonrojarse —pero no compararse con Jazz—, que la verdad, uno no sabe a qué atenerse, ya que si lo que desde hace tantos años se viene escuchando, si lo que desde mi más corta edad sentía sin que nadie hubiera influido en mí en esta afición era *JAZZ PURO*, este Jazz lleno de vida, de alegría, de tristeza y de este algo que ha hecho del Jazz una música popular casi en todo el mundo, si lo que durante tantos años uno viene teniendo por Jazz verdadero se compara a lo que tantos y tantos críticos y músicos exaltan en la actualidad, la comparación es la que puede hacerse entre el día y la noche.

El Jazz es improvisación, el músico de Jazz, ya sea saxo, trompeta, piano, batería, bajo, etc., cuando «ataca» un solo, lo hace dando rienda suelta a sus sentimientos y, sin grandes esfuerzos, consigue traspasarnos a los que escuchamos, la misma ilusión y casi diría, la misma satisfacción que el mismo solista.

El «Jazz» actual —música sin alma, fría, sin duda alguna— del cual han salido famosísimos «creadores» según dicen —yo no los he visto por ninguna parte, a pesar de haber intentado descubrirlos escuchándolos infinidad de veces—, no es música de Jazz, a pesar de que quiere parecerse, pero le faltan los principales ingredientes para conseguirlo. La música de Jazz que yo, desde pequeño, sin guía de nadie, había asimilado y que tanto amaba y amo, ¿como no?, no se parece en nada, lo que se llama absolutamente en nada, a este «Jazz moderno», a este «Jazz» que está muerto antes de nacer

del instrumento de un músico del llamado «Jazz moderno».

Las causas por las cuales en la actualidad se interpreta el para mí, mal llamado «Jazz moderno», son difíciles de señalar. Podrían muy bien ser a causa de que la nueva generación de músicos de Jazz haya buscado hacer «Jazz» por un camino más fácil, fruto todo ello de la impotencia de poder hacerlo auténtico o por no reunir las condiciones precisas para lograrlo.

Si los pioneros, los antiguos, los buenos, levantarán la cabeza, a buen seguro se preguntarán asombradísimos—y con razón—dónde estaban los músicos de jazz seguidores de su preciosa y digna escuela.

La música es un arte que posee infinidad de ramificaciones. Lo que ha venido a dar ocasión a desvirtuar tantas veces—incluso en música clásica—a muchísimos intérpretes, a dedicarse a «crear» un nuevo «estilo», estilo, claro está, a la medida de sus posibilidades, ya que para hacer Jazz o sea la clase de música que sea, además de ser un buen instrumentista, se tiene que tener una naturalidad innata—sobre todo en nuestra música—y lo que es más difícil, el DON—en mayúsculas—de saber «decir», creando, cada vez que se interpreta una pieza, unas notas que no siempre están a la altura del solista, ya sea debido a la falta de ideas o de inspiración del momento. La alegría de las improvisaciones —esencia pura del Jazz—es algo que brilla por su ausencia en el llamado «Jazz moderno». Muchas grabaciones de este «Jazz» nuevo, más bien parecen grabaciones de un grupo de músicos dedicados al descubrimiento de nuevos sonidos musicales.

Yo me libraré de decir o de asegurar de que músicos como Parker o Gillespie—cito a los que más fama han conseguido en el «Jazz moderno»—sean malos. No, eso no lo puedo decir, ni creo que nadie se atreva a tanto, mas, si la música de nuestro incomparable Louis Armstrong es Jazz puro, ¿puede llamarse música de Jazz la que nos ofrecen los músicos del «estilo» de los dos mencionados? Ya sé que golpeo fuerte, pero es la única manera con que se logra un objetivo, ir directo al centro vital de nuestros males.

Mucha fama está conquistando el Modern Jazz Quartet ¿Es Jazz en su

*Pasa a la página 6*